

PEDRO SALINAS

SOLEDADES DEL LECTOR

En medio de este tumulto y confusión de libros, en el vértice de tanto desbarajuste, zarandeado de un lado a otro por las alborotadas confusiones triste y desventurada figura hace el hombre, el lector. Supuesto señor de la baraúnda y, verdaderamente, su víctima. Porque el lector ya no sabe casi de qué serlo, ni cómo serlo. Perdido su señorío acude febrilmente a las listas de los *best sellers*, a las selecciones del libro del mes y entrega su gusto y sus horas en las manos de administradores públicos de la lectura.

Si cupiera en nuestra lengua distinción semejante a la que en francés usa Thibaudet en su obra *Le liseur de romans*, un hombre al que vemos inclinado sobre un libro podría pertenecer a una de dos categorías muy distintas: *leedor* o *lector*. Y uno de los efectos del desorden intelectual contemporáneo es que mientras ha crecido el número de los leedores, se ha vuelto rareza singular el tipo puro del lector.

De oportuna recordación son estas palabras de Thoreau, en su *Walden*: “La mayoría de la gente ha aprendido a leer para servir a una mezquina conveniencia, del mismo modo que se aprende a contar para llevar la contabilidad, y que no le engaños a uno en los negocios; pero poco o nada saben de lo que es la lectura, como noble ejercicio del intelecto”.

Leedores y lectores

La galería de leedores es copiosa. El estudiante que se desoja en víspera de examen sobre el libro de texto, el profesor que trasnocha

entre tratados, acopiando datos para su lección: la matrona, que, parada junto al fogón, recita en voz alta las instrucciones coquinarias que conducen al succulento plato; el funcionario en retiro, que demanda a las páginas del libro la mejor manera de invertir sus ahorros; o la dama, muy cursada ya en la treintena, que se retira al secreto de su tocador y corre renglón tras renglón en procura de experimentados avisos que la devuelvan sus gracias fugitivas, todos ellos, —y mil más—, no pasan de leedores.

Leedor, también el que emplea su tiempo en los diarios. Coincidén en eso, el escandinavo y el chino. El uno, Georg Brandes asevera que de cien personas que saben leer noventa no suelen leer más que diarios, lo cual exige escaso esfuerzo. Y el otro, americanizado de la China, Lin Yu Tang, dice "Yo no llamo lectura, en absoluto, a la enorme cantidad de tiempo que se gasta en leer periódicos". En la escala de los que recorren con los ojos un papel impreso, el personaje inferior es uno, regalo de nuestros días a la infinita variedad de lo humano, el leedor, o "el vista" de *muñequitos*. Inmerso complacido hasta el arrobo, en las delicias de recorrer cuadro por cuadro, escena por escena sin perderse una, los trabajos de Maggie o las hazañas del Superhombre, sus ojos avanzan por un medio mixto, parte imágenes mal trazadas, pintarrajeadas de colores groseros, parte palabras; éstas, no muchas, van encerradas en unos globitos que les salen a los personajes de la boca, y por su vacuidad sirven de adecuado sustituto al aire vano que contienen los globos de veras. El vendedor o el leedor de semejante cosa, recuerda al anfibio, que entra y sale de lo leído, insignificante, a lo visto, vulgarísimo, sin saber nunca a derechas por dónde se anda. ¿Mira, lee, promiscúa? Pero atrevido sería decir de estos ciudadanos, doblados, regocijados, sobre el papel, que están leyendo. Ni siquiera rozan por lo bajo los cielos y lecturas a donde se transporta el lector de verdad, ya que las actividades superiores del alma no asisten, están de sobre, en esta genízara operación visual. Comparo al aficionado a los *muñequitos* al denodado masticante de chicle, por cuanto ambos no ahorran esfuerzo ni tiempo en sendas operaciones que parecen las dos dirigidas al noble menester de la nutrición, ya corporal ya del espíritu; cuando en realidad nada de provecho pasa al estómago del uno ni a la cabeza del otro, y los dos se hermanan en su posible comparanza con el desdichado animal que voltea y volteá la noria, sin que se le importe que el pozo esté seco.

Frente a estas legiones, en escasa minoría, los lectores. Se define el lector simplicamente: el que lee por leer, por el puro gusto de leer, por amor invencible al libro, por ganas de estarse con él horas y

horas, lo mismo que se quedaría con la amada; por recreo de pasarse las tardes sintiendo correr, acompañados, los versos del libro, y las ondas del río en cuya margen se recuesta. Ningún ánimo, en él, de sacar de lo que está leyendo ganancia material, ascensos, dineros, noticias concretas que le aúpen en la social escala, nada que esté más allá del libro mismo y de su mundo.

Tratadillo en verso de ética lectora

En su poema *Aurora Leigh*, una gran lectora, bastante leída, la poetisa, por derecho propio y por régimen de gananciales, Elizabeth Barrett Browning escribió:

Mark, there. We get no good
by being ungenerous, even to a book,
and calculating profits— so much help
by so much reading. It is rather when
we gloriously forget ourselves and plunge
soul— forward, had long, into a book's profound,
impassioned for its beauty and salt truth
tis then we get the right good from a book.

“Fíjate bien. Ningún bien se saca de no ser generoso, ni siquiera con un libro, y calcular las ganancias: tánta ayuda ganada por tanto leído. No, es cuando nos olvidamos espléndidamente de nosotros, y nos lanzamos con el alma de cabeza, en las honduras de un libro, seducidos por su belleza y su sabor a verdad, cuando sacamos de él el bien bueno”.

Breve tratadillo en verso de ética lectora: repulsa del cálculo invitación a la entrega, embriaguez en puras verdades y hermosuras. Precisamente porque el lector no se anda en busca de granjería por el libro, y se olvida de todo material interés inmediato, es por lo que se le entregará, en correspondencia de justo amor ese que llama el *bien bueno*, “the right good” la enfermiza poetisa. Y eso no quiere decir que el lector pierda las horas de su alma en balde. Aunque nada le pida al libro mucho en él se le espera. No las solicitaba, pero le colmará de las dádivas que menos preveía y más le alegran. De una sabiduría que no se arranca agraz, de un tirón, sino que se aguarda a que caiga, por propia sazón, de las palabras. Paga el libro el desprendimiento del lector en la misma moneda sin mira, sin cuño de emperador, la que invita a la caridad, a darla, y no a la avaricia. Estas nupcias felicísimas del buen libro y el buen lector nunca pueden ser

matrimonios por dinero o bodas de conveniencia: a ellas se va por amor puro.

Y el libro conoce al que se acerca —si viene para bien, como dicen en Castilla; y no le negará nada que le pueda dar.

Quedéme y olydémé
el rostro recliné sobre el Amado.

Estas palabras, del más alto poema español, me salieron al ánimo el día que descubrí, delante de mis ojos, al lector puro, más que con la cabeza inclinada sobre las páginas, con la faz vuelta hacia lo amado. La terrenal Browning, el San Juan Divino, usan los dos el mismo concepto, *olvidarse*. Y por eso, por la necesidad del olvido, escasea hoy tanto el lector. El hombre de hoy, entre otras muchas desgracias no puede olvidarse, ni sobre lo amado. Los mil ojos del tiempo dividido, los ojillos del minuto, los ojazos de las horas, le espían desde su propia muñeca. Leer se ha vuelto grave dificultad.

El lector soterraño

Y nunca olvidaré al héroe, sin garbo, de la lectura, al tipo heroico de lector subterráneo que me eché un día a la cara en New York, mejor dicho en su subsuelo, cuando él y yo, con otros centenares, apelmazada humanidad de vagón, corríamos a nuestros ocios o faenas. Estaba de pies, con una mano se prendía a una agarradera de cuero, colgante de una barra, para asegurar precariamente su estabilidad contra toda la escala de barquinazos, zarandeos y remecidas que imponen a cuerpos mortales esas soterrañas raudas travesías. Como no era muy favorecido de estatura, y había de estirarse un poco, la postura resultaba su algo de forzada, y su estampa, lejana de toda gallardía humana, y, casi, casi, reminiscente del cuadrumano pendiente de los barrotes de su jaula. Pero lo que de dignidad pudiera faltar a su mano siniestra, se le había ido y con creces, a la derecha, con la que tenía abierto, a la altura de los ojos, un tomo de Plotino.¹ Cuando en los bamboleos y trastejos de la navegación corría su libro riesgo de choque o caída, lo alzaba, a salvo, sin dejar de leer, siguiéndolo con la mirada, siempre quieta sobre la página. Ni empellones se la apartaban de allí, ni los horrendos estrépitos metálicos, en infinitas variaciones, se la distraían; ni las trepidaciones violentas se la cansaban. Le observé, embobadamente un rato. Le rendí mudo tributo fervoroso, que él nunca sabrá. Pero por si acaso este último héroe, no lo era hasta el fin, por si acaso no estaba *olvidado* y raptado del todo, y se apeaba

en la estación de su destino, y me quebrantaba mi última figuración de lo heroico, yo mismo me salí del tren a la primera parada; para llevarme la ilusión de que al lector hubo de recordarle, de despertarle a la realidad, al cabo del trayecto, la voz asalariada del empleado que tiene cargo de despertar a los arrobados, ya sea por amor del *whiskey* o de las *Enéades*, en los coches del Suway de Manhattan.

Y entonces, frente a ese héroe, se me desfilaron por la imaginación la celda monacal, el estudio del humanista, la bohardilla del poeta romántico, ámbitos todos de lectura. Y se me precisó ese concepto, como sigue.

Ambito del lector

Si la lectura pide tiempo, tiene *su* tiempo ¿no demandará también un espacio suyo, en el mundo, un ámbito propio? Y, entonces, no resultará ya favorecida, ya contrariada, según las facilidades que el mundo y la sociedad la ofrezcan para lograrse ese espacio? Aquí empiezan a diferir las opiniones. A un cabo, nos encontraremos con el lector melindroso, para el cual no es posible la lectura como no coincidan en torno suyo toda suerte de circunstancias favorables, de bienestar físico, de comodidad material. Al otro extremo el indiferente tomará esto por mera exquisitez y remilgo, afirmando que todos los lugares, lo mismo el claustro que la imperial del tranvía, son indistintamente acogedores para el lector. Parece de razón conceder un cierto margen de discrepancia, fundado en las diferencias entre las personas, y sus variables capacidades de no darse por enterados de lo que pasa por su alrededor. Concedido esto, aún sigo creyendo en la existencia de ese *espacio de la lectura*.

Pide la lectura su ámbito al mundo, como se lo exigen los pulmones al aire para vivir. Necesita el lector crearse su hueco, instalarse en un especial habitáculo, que varía infinitamente según la persona, y que lo mismo puede hallarse bajo techo, y abrigado, que al cielo raso y a los cuatro vientos. Esa *área* del lector hay que ganársela al espacio total que nos circunda y apropiársela momentáneamente. Se trata de sustituir el espacio comunal, indiferente, por una órbita personalizada, diferenciada, sin fronteras visibles, pero sí sensibles para el espíritu delicado.

Semejante ámbito de lectura lo conquista y aneja el lector no para sí mismo en cuanto personas, sino como leyente: es decir, para el libro para sus acciones y personajes. Porque hay un punto en que el mundo actual y presente debe detenerse: allí da comienzo el otro,

el que el libro crea, y al que invita o arrastra al lector, mundo de tiempo distinto y de hechura irreal. Que tal recinto de lectura no se pueda medir cúbicamente, que los materiales que le componen sean el libro, para sus acciones y personajes. Porque hay un punto en que difíciles de precisar —ya que los hay de orden físico y de orden psicológico— y muy variables, puesto que algunos de ellos son perceptibles para muchos, y otros apreciables sólo para ciertas personas, no quiere decir que no exista. El libro tiene que desplazar una parte de la atmósfera que nos rodea, y plantar allí, la suya. Se objetará que tal área es de condición puramente espiritual; pero como todo lo espiritual necesita ciertas avenencias y concordias con el mundo de la materia, del cual no es separable más que por analítica operación intelectual. Como lo dijo Góngora del sueño, se puede decir de la lectura:

En su teatro sobre el viento armado
sombras suele vestir de bulto bello.

El ruido

El gran enemigo del mundo moderno, por él engendrado, y que contra él se vuelve, el ruido. Da lugar a ordenanzas municipales, a campañas cívicas, a fabricación, por millares de tapones para los oídos, y hasta, conforme a cierto doctor francés, a un tipo particular de enfermos que él llama ingeniosamente *les bruitisés*. El es la prueba que más a la mano se nos presenta de la realidad del espacio del lector; y parece indicarnos que tal espacio tiene por componente muy importante el silencio y que es un espacio acústico.

¿No nos ha ocurrido a todos, cuando estamos bien a fondo en la lectura, que si se yo de pronto un estampido, un estridor, una bulla, se revuelve uno airado, más bien como contra *alguien*, que contra *algo*, y en són de busca del enemigo que nos invade? Sensación cabal de ser invadidos brutalmente, se la percibe por el oído, pero se la padece con algo más. Este trastorno material nos llega por la vía de lo sonoro, pero hiere y perturba más que el tímpano, precisamente ese secreto ámbito del lector, cuya misteriosa existencia así demuestra. Nos alzamos, simplemente, contra el brutal atentado del espacio común, del mundo de todos, contra el espacio del lector; se protesta porque la bocina del automóvil embiste bárbaramente en el medio de ese grupo de ondinas que habían salido del agua, unos momentos, en los versos de Spenser o Garcilasso y que sólo pueden vivir entre rumores fluviales o brisas de la arboleda. Defendemos a un exquisito ausente, el poeta —ahora presente con nosotros— contra un vulgar

contemporáneo, el señorito con prisas o el chofer de camión; un ayer de muchos siglos, mitología, Renacimiento, contra un hoy efímero, de precipitados minutos. Modo inocente de querer amparar, aún, los derechos ya bien mermados y tibiamente reconocidos de nuestra alma contra los desafueros, de la casi sagrada circulación urbana, del mundo innumerable e indiferenciado de los rodantes.

Soledad

Entra, y quizás por mucho, en el ámbito del lector un factor relacionado con el grupo de ideas, soledad, retraimiento, retiro y hasta clausura. Tiende el que lee a lo señero. Hay una página de las que más honran al *homo sapiens* en los *Essais* de Montaigne, la dedicada a su biblioteca. Si escrita en prosa, todos los amantes de los libros, la trocarán al irla leyendo en pura fruición poética, entendiéndola por poesía. Describe la torre, donde tenía sus libros, de piso en piso, como de estrofa en estrofa, y cuando llegamos a lo alto se nos entrega, como en un verso final, toda la hermosura del alma contemplativa. Así dice uno de los grandes Migueles, de su librería: "Esta es mi sede. Hago lo que puedo por sujetarla a mi puro dominio, por sustraer este único rincón a la comunidad conyugal, filial y cívil". Errará el que tome estas palabras por misantropía y esquividad; rezuman sensibilidad pudorosa, alta delicadeza de alma.

Porque la soledad del lector es más aparente que verdadera, y sólo puede llamarse soledad, si se piensa en la compañía de coetáneos, de prójimos de carne y hueso. Entre los variados matices de la situación de soledad éste del que lee tienta mucho a la curiosidad. Porque representa un estado intermedio entre el estar solo, y acompañado; se está solo sin estarlo, y es viva contradicción entre una apariencia y una realidad. Habría que revesar el verso campoamorino, "la soledad de dos en compañía", lastrado de pesimismo escéptico y convertirlo en "compañía de dos en soledad", rebosante de creencia optimista.

Larga sería la lista de referencias a los libros como una sociedad, grupo, de socios o amigos, siempre ofrendando su compañía. A lo que Quevedo escribe en un soneto, de sus horas de lectura:

vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos,

hace eco Unamuno, con encendidas palabras en un ensayo. Petrárca, en su *Epistola de Rebus Familiaribus*, registra su trato con ellos, y

como los siente a él unidos por una viva familiaridad. "Se sientan a desayunar conmigo, y conmigo vienen de paseo antes de cenar", asegura Hazlitt. Cuenta Leight Hunt de haber visto a Charles Lamb dar un beso a la traducción de Homero, de Chapman. Y, por su parte, añade: "Cuando hablo de estar en contacto con mis librós, lo digo literalmente. Me gusta poder apoyar la cabeza en ellos". Lo cual es, casi, reclinar el rostro sobre el amado.

Porque esa busca de apartamiento, cuando llega el momento de la lectura, en algo se toca con el impulso que lleva a los enamorados hacia las soledades para sus pláticas. El lector se recrea, con el libro; pero para eso tiene que re-crearlo, él. Anatole France decía que en fin de cuentas un libro tiene tantos ejemplares como lectores; aludía a ese acto de mutua posesión y entrega incluido en la lectura profunda. Va el leer mejor más allá del enterarse, del entender, del disfrutar: es revivir, y vivirse reviviendo. Y así el creador del libro, se siente seguido en los siglos por un largo séquito de recreados y recreadores, participantes todos en la faena de mantener la obra en vida. Es probable que así como el agua del Ganges o del Amazonas no han parado de correr, desde su origen, haya habido ciertos libros que no dejaron de ser leídos ni un solo día, desde que se escribieron, por ojos humanos tras ojos humanos, en los lugares más distanciados de la tierra. Que en estos momentos haya alguien que reviva a Helena en su Troya, a Fausto en su laboratorio, a Emma Bovary en su provincia y, haciéndolo, se convierta momentáneamente en una onda de esos enormes caudales alumbrados por Horacio, Goethe o Flaubert, la vida incesante del libro, misión encargada a sus lectores sucesivos. Para mí si el lector se inclina a retraerse cuando va a leer, es porque se siente encaminado a un acto de amorosa comunicación, al que conviene cierto recato. El mismo recato que se imponía a otras formas más groseras de la relación de amor, las osculatorias, antes de que Hollywood se las entregara a las miradas de la humanidad, a cada cinco minutos, a lo más tardar, de cada película, convirtiendo el beso en fuente de ingresos dinerarios, tan productiva como la manufactura de tostadores eléctricos o la cría de aves, en formidable pilar de *big business*.

La luz

Entre las muchas estadísticas imposibles, las únicas tentadoras, estaría una que nos ilustrara exactamente, sobre la proporción entre lo que se lee de día y de noche. Dos grandes maestros de lectura del Renacimiento, Montaigne y Erasmo, nos dicen, el primero que nunca

subía a su torre biblioteca de noche, y el segundo que a las Musas les gusta la mañana, y que antes de acostarse sólo debe leerse algún manjar exquisito, probablemente breve. Es muy dudoso que nuestros tiempos y sus gentes les tomen por modelos. La lectura ha ido conquistando paulatinamente la noche, antes tierra incógnita o continente inhóspito, apenas hollado, sirviéndose de la mejor arma, la luz artifcial, y sus progresos prodigiosos. No hay duda de que conforme se aumentaban y se facilitaban los modos de desmentir las tinieblas, a voluntad, crecían a compás las horas de lectura nocturna. La electricidad ha sido la libertadora final, la que ha manumitido a las gentes de esa esclavitud a las auroras y a los crepúsculos que duró siglos, o de los malos tratos que los ojos impenitentes sufrían por obra de candiles y velones, bujías y quinqués. La lectura ha conquistado la esfera completa del reló; y con ellas los días; y en ellos el tiempo. Acosado más y más por la hueste de quehaceres diurnos el hombre moderno se va batiendo en retirada y se atrincherá en las horas de la noche. El amor al conticinio, por arcaico que sea el vocablo, es rigurosamente moderno, crecientemente contemporáneo. Se explica por lo que tiene de relativo antídoto contra los dos grandes males, el ruido y la premura. Porque es bien sabido, digan lo que quieran los relojes, que los minutos corren más despacio por las noches, y que la baráunda del mundo y sus pobladores, se mitiga con la nocturnidad, dejando libre al campo a sones y rumores menos dañinos, cantos de los grillos, pasos de transeúnte solitario, cuando no al maravilloso silencio. La vida pública renuncia momentáneamente a su imperio, rinde las oficinas, los negocios; y los hombres son devueltos, por unas horas, al vivir privado. El Empire State Building, al cerrar las puertas de los despachos, abre las de la libertad, puramente temporal, por supuesto, a una muchedumbre inmensa, que se desmenuza, se disgrega, cada uno de sus componentes camino de su vida doméstica respectiva. Este maravilloso deshielo de los grandes *icebergs* urbanos que sólo conservan sus fachadas, dejando correr de nuevo todas las tardes a las cinco, las riadas cálidas de hombres y mujeres, compensa, un tanto, de otras tribulaciones de la ciudad moderna. Y si es la lectura, como ya pensamos antes, operación que busca lo privado, la noche reino de intimidades, clima de la privatez, le ofrecerá, traspasadas ya sus tinieblas naturales, —el obstáculo de antes—, anchos y gustosos horizontes.

Hay un momento de sin igual godeo para muchos de nosotros. Es cuando el cuerpo se asienta a placer, acogido sin impertinentes apretujos, holgadamente, por unos brazos de sillón, y una simple presión del dedo despierta el milagro preciso de la luz de su invisible

sueño cristalino, para que a su calor florezca, o se abra, esa flor, —centenares de pétalos— la imperecedera, el libro. Cuando se ve al lector inscrito, en ese cono de luz que la pantalla determina, siempre se me aparece, allí ante los ojos, con evidencia innegable, el ámbito de la lectura: ahora ha cobrado forma material para los ojos, porque es un espacio visual, un área perfectamente definida del resto del cuarto en sombra. Esa otra parte de la habitación vale ahora por el espacio general, indiferenciado; pero el recinto de la lectura queda señalado, con precisos términos, consagrado de claridad, designado para la actividad exquisita que va a empezar, escenario intangible en el cual se iniciará dentro de un instante el gran concierto de las acordadas palabras, el que ejecuta, la eterna “musicienne du silence”.

¿Quién va a negar ahora, si lo tiene delante, la existencia de ese *ámbito* del lector? Se dirá que la lectura puede hacerse lo mismo sin él. Pero no significa nada que el lector que nos figuramos, al disponerse a la lectura, apaga, de cien veces noventa y cinco, la luz de techo, la que iluminaría la habitación entera? Como hay gente para todo, bromistas y serios, uno de estos últimos, con la mayor seriedad, claro, me explicaría ese acto como legítimo deseo de ahorrarse fluido y dineros. Pero yo lo veo como una retirada, aun dentro de la intimidad de la casa del lector, a una zona más íntima, como un acto de recogimiento, simbólicamente expresado en ir a encerrarse, por decirlo así, en su luz. Y, parejamente, si nos imaginamos que llega un visitante no esperado, y el lector se apresura a devolver al cuarto entero su luz total, ¿es que no se nos hará como que sale, de donde estaba, mundo del libro, orbe de la lectura, para regresar al espacio de todos y la vida común?

Porque esa luz, es creadora, asimismo de soledad. Alumbra sólo a uno, y en ella, puede recibir, por lo soledoso, el enamorado lector, a la esperada, amada lectura que le ha aguardado, hasta que vino a despertarle, como una *bella durmiente*, tendida en su lecho de apretados renglones.

A la recherche du liseur perdu

Sí, conviene, y con apremio, que se organice en debida forma, hoy que todo está organizado, o se tiene por organizable —hasta la desorganización— una esforzada campaña para descubrir en las enormes turbas de leedores, vocaciones de lector, almas de lectores, alentarlas sostenerlas. Porque al otro, al del surtid, al leedor todos lo exhortan, a diario desde las columnas de la prensa a la lectura. Anuncios varia-

dos prometen acceso a habilidades, a aciertos, a eminencias sociales, que se hallan infaliblemente al doblar la última página de un cierto librito guiañor. Uno enseña nada menos que a escoger compañero y cónyuge, en este confuso mundo: "How to pick up a mate"; otro, le sigue, adiestrando al deseoso de amistades sobre las artes mejores para hacerse con amigos: "How to make friends"; si se desea hacer buen papel, a la mesa, como buen entendedor de vinos, léase otro tratadillo: "How to know wines"; y cuando nos desazone el ansia de hacer algo nuevo, de no seguir los usos del montón y dar señas de originalidad, apélese al manual denominado: "How to be original", el cual se brinda a proporciones ese codiciado bien por medio de las imitaciones y reglas que preceptúa, y sin más condición previa que renunciar al concepto que se suele tener de la originalidad, y aceptarlas al dictado.

Tan anclada está ya esa idea de que un libro sirve siempre para algo de inmediata utilidad y práctica que no puedo por menos de recordar cierto mínimo suceso que me ocurrió en una biblioteca pública. Acudí a ella en busca de un *Ars Moriendi* del siglo XV, recién publicado. Detrás de su pupitre una damisela ayudanta, aguardaba requerimientos e inquisiciones del público, cargada de su mejor voluntad. Yo, expuse, tímidamente y paso, la mía. Y por si se le hacía extraño el título latino de la obra, pronuncié el inglés, Arte de morir, *The art of dying*. La moza, había escuchado mi demanda sin alzar todavía la cabeza de un catálogo librero, hasta pronunciar yo las fatales palabras en inglés. Tal sobresalto la acometió entonces que vi, temblar su gracia figura, sin reservarse nada del cuerpo al susto, de pies a cabeza. Y alzó hacia mí una mirada tan pálida, unas facciones tan receosas, que comprendí en el acto, por la violencia expresiva de aquellas facciones, lo ocurrido. En aquellas semanas había registrado la prensa algunos suicidios espectaculares, casos de desgraciados que se lanzaban a vagar fuera de este mundo por procedimientos extravagantes. Y la señorita bibliotecaria, al ver ante sí a persona con trazas faciales y corporales de haber vivido lo suficiente para estar cansado de vivir, se figuró que yo era un innovador más, pero sin ideas propias; y que venía yo a ella en demanda del adecuado libro que ayudara a cumplir mis deseos, de definitiva dimisión vital por modo distinguido, científico y acreditado, al propio tiempo que artístico, en lo que cabe.

¿El mejor lector lectora?

Creo yo que buena parte de los adeptos reclutables para la lectura de esos libros que llevan a grandezas y riquezas de las que nadie

sabe, de esos libros que los padres prudentes apartan de sus hijos mozos porque “no sirven para nada”, sería de mujeres. No es pura casualidad que esos versos antes citados en apología de la lectura pura, fuesen de mujer. Desde la Edad Media las mujeres han sido fervorosas clientas del desinteresado leer. Mientras el clérigo traslada sabidurías del latín a las lenguas mozas y los caballeros se dejan halagar el orgullo y la esperanza por los relatos de las gestas ajenas, las damas leen, o se dejan leer novelones sentimentales o poesías alquitaradas, en sus gabinetes de los castillos. Las señoras del Renacimiento se complacen, en las poesías y, lo que es más, en historias e hitorietas, de esas intolerables hoy día para las damas de Orbajosa y los censores de Massachussetts.

Dentro de las costumbres más severas de la España clásica, se conocen, se presienten deliciosas figuras de lectoras. Aquella “magnífica señora Doña Gerónima Palova de Almogavar”, destinataria de una carta de Garsilasso, sobre una obra de sumo aprecio para los dos, *Il Cortigiano*. La religiosa Doña Isabel de Osorio, que mueve a Fr. Luis de León a poner en castellano el *Cantar de los Cantares*. Las lectoras de aquella secreta piña de místicos en ciernes, que se copiaban y se pasaban unos a otros las poesías de San Juan. Unas encantadoras doncellitas, que indignan al Padre Malón de Chaide, porque apenas saben leer ya llevan sus Garcilassos o sus *Dianas*, en la faltriquera. Guardémosnos mucho de reavivar la contienda —también de abolengo medieval— sobre méritos respectivos de hembras y varones, que ya están bastante enconados los ánimos, pero yo me atrevería a suscribir que las más prestas voluntades y encendidas aficiones al puro leer, se hallarían en la humanidad femenina. Por lo menos así ha debido de ser hasta nuestra época; hoy la igualdad pregonada de los dos sexos, el automóvil, el *cocktail bar*, el cine, el *bridge* y otros menores desastres del planeta, han ido desalojando a la mujer de las circunstancias que favorecían su posición preferente de lectora; y al sacarla a cada momento de su casa la sacan de sus casillas, persuadiéndola de la superioridad incontrastable de lo cinético de hogaño, ya se ejercite por las tiendas, por carreteras o en pistas de *cabaret*, sobre lo estático, de antaño, lo sedentario, la butaca, la lámpara y el libro, manantial de embriagueses no por sobrias menos complicadas, ni de menor efecto, que las del *Manhattan* o el *Dry Martini*, de nuestra éra dinámica.

El santo patrono

Parecería que en estas materias de la leyenda los españoles no hacemos pinta muy lucida. Son millones los analfabetos de nuestro pue-

blo. Se nos moteja de charlatanes, de preferir el trato hablado con los próximos vivos, al mundo con los difuntos, en los libros; nos enorgullecemos, con título, de ilustrísimos en tradición oral, lo cual contrasta con nuestra parvedad en pensar por escrito. Una sola cosa me creo que puede proponer España al universo mundo, como aportación suya, —y a ver quién la mejora— a esa cruzada para el rescate de los puros lectores: su Santo Patrono. En empresa tan ardida más vale ir amparados por rector alto e invisible que nos saque de malos pasos y nos lleve a buen término haciendo como hace todo el mundo, los artilleros con Santa Bárbara, con San José los carpinteros: ponerse humildemente bajo una advocación suprema. No tiene mi candidato sino un solo leve inconveniente, por parte de Roma: que no ha sido declarado, por quien puéde, gozoso de la bienaventuranza y digno de culto santo. Tendremos que apoyarnos, bien sabedores de lo falaz de ese apoyo, con ese título de santidad que le otorgaron en sendos raptos de entusiasmos pecadores, Rubén Darío y Miguel de Unamuno. Porque no hay patrono más cabal, más a la medida, que este San Alonso el Bueno, el que respondía en su lugar de la Mancha por Alonso Quijano.

Ya Albert Thibaudet aludió en unas líneas, a esa condición excepcional de Don Quijote como lector. Conviene insistir en el repaso de los títulos incomparables del tronado lugareño manchego, para ese alto patronazgo. Primero, es un olvidado. “Quedeme y olvideme” podría decir, él, refiriéndose al amor suyo, los libros: “...se daba a leer libros de caballería con tánta afición y gusto que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de hacienda...” De su claro sentido y justo aprecio de las cosas da idea lo que cuenta su autor, de seguida: “Vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en qué leer...” ¿Cómo ser de su excelencia podría titubear ni el canto de un segundo entre la perecedera posesión de unas tierras, parvas tierras pardas de pan llevar, y las áureas extensiones de Hircania, de Gaula, de Grecia, terrenos de la fantasía que nunca se agotan? Ya son dos méritos de marca los apuntados para tener a don Alonso por par entre los pares de la lectura. Pero, como quizá se recuerde, la cosa no queda ahí. Tan empeñoso lector era que no le estorbaba la noche y se nos ofrece como uno de los primeros y más asiduos lectores de las horas de las estrellas, “Se la pasaban las noches leyendo, de claro en claro...” y por fin “del poco dormir y del mucho leer” “se le asentó de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de soñadas invenciones que leía que para él no había historia más cierta en el mundo”. Aquí se me debe dar licencia para quitar la palabra a Cervantes y dejársela

un momento a Goethe que decía así de Winkelmann: *Man lernt nichts Wenn man Ihn liest, aber man wird etwas*". Cuando se le lee no se aprende algo: se convierte uno en algo. Soberbio modo de expresar el efecto más decisivo de la lectura, su función sagrada: hacerse vida y carne y hecho, en un hombre. Hacerse Quijote en Alonso Quijano. Porque don Alonso no sólo prestó credulidad a lo leído, superior a toda otra credulidad del mundo, sino que se transformó infundiéndose todo él en lo leído o dejando que todo lo que leía se efundiera por su sér, que desde entonces vivió del libro y para el libro: "le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república hacerse caballero andante..." Bien claro está: los libros no le enseñaron, no le delitaron, no le hicieron "hacerse". Y al mundo y a las normas anormales de los libros entregó desde una mañana sus actos de este mundo, trueque sin par, que se disputó por locura. Lo que dio Don Alonso a los libros ¿quién se lo había dado hasta entonces ni después se lo daría? Convirtió su eterno papel de maestros de razón en el nuevo, de profesores de sinrazón; probó, fuera de duda, que las fantasías más ridículas para la razón, pueden mover conductas con tanta hermosura y rigor ético como los códigos morales más ilustres, con lo cual le volvía la razón a la sinrazón. ¿Y es que dio a los libros su vida, nada más? Había otra cosa: su trasvida. Sus actos terrenales de los libros nacían, libros eran, vueltos *hechos* en carne de hombre; pero para perdurar habían de volver a otro libro. Y apenas se echa al campo, comienza a hablar consigo mismo diciendo: "¿Quién duda sino que en los venideros tiempos cuando salga a la luz la verdadera historia de mis famosos hechos?" aspirando ya al libro final, suspendiendo en su alma por acabarse en un libro, forma de no acabarse, de suerte que las dos vidas, la de acá, la del más allá, nacieran y murieran de libro, y en libro se volviesen, inmortalmente, a renacer.

Miguel, escudero del Santo Patrono

Eso ocurrió en la España de principios del XVII. Y en la misma nación, tres siglos más cerca, se presenta Miguel de Unamuno, con su *Vida de Don Quijote y Sancho*. ¿Este es un libro? Más bien, una lectura, registrada, apuntada en cada una de sus palpitaciones. Y una lectura hecha con toda el alma, con toda la pasión y la inteligencia y las luces del saber y los misterios del ignorar, con toda la humanidad de un hombre de carne y hueso, con su capacidad de error y de atino, con lo mejor de su bien y de su mal. Porque el libro tiene algo de adoración, de rendimiento y culto a lo superior, y también, sus

entreliños de envidia. Un Miguel envidia a otro el haber escrito el libro que él hubiera querido escribir. Y le vuelve a escribir, a su manera, enmendándole la plana a su creador, motejándole de incomprendido; ciego, magníficamente ciego de envidia creadora y fecunda. Llamar a ese libro comentario, glosa, explicación, de *Don Quijote de la Mancha* es andarse por las ramas. Ya lo dijo Unamuno: Vida, así lo llamó él. Nuestro intelectualismo nos lleva a interpretar esa palabra del título, *Vida*, como biografía, relato de la vida de alguien. Pero Unamuno no la sintió de ese modo, y lo que él quería muy por sobre leer un libro, muy por sobre el comentarlo, y hasta muy por sobre escribir otro nuevo, era vivir, era vida suya en la vida, revivida por él de la *Vida*, —biografía— de *Don Quijote*.

Ellos dos nos revelan una nueva forma de relación entre el hombre y el libro: leedor, no, lector tampoco, ni estudiioso, ni crítico, ni comentador. *Actores*, y no de escenario sino de corazón, de libros, hombres que los vuelven actos. Si todos somos representantes, en el gran teatro del mundo, soñadores del sueño de la vida no será más hermoso que representemos esos grandes papeles que andan ya escritos por los libros, esperando a quien quiera incorporarlos, que no nuestros papelillos de gente humilde?

Esta es la relación de méritos que acompaña a mi solicitud de que sean designados por aclamación Alonso y Miguel, Patrono y Sotapatrón de la cruzada de los puros lectores. Cuando sociólogos, fabricantes de estadísticas, pedagogos y demás sabidores, nos echen en cara a los hispanos, coeficientes de analfabetismo, cargos de ignorancia, y demás pesadumbres con que —justamente— nos acongojan las naciones cultas, dígaseles, que el dolor de tener en España millones de hombres que nunca aprendieron a leer, lo mitiga el consuelo de haber tenido los dos hombres que mejor han sabido leer y en los que hasta el más leído puede aún aprender mucho de lectura.

PEDRO SALINAS

Capítulo tomado del libro "El Defensor", por el Profesor Pedro Salinas, próximo a salir de las prensas de la Universidad Nacional.